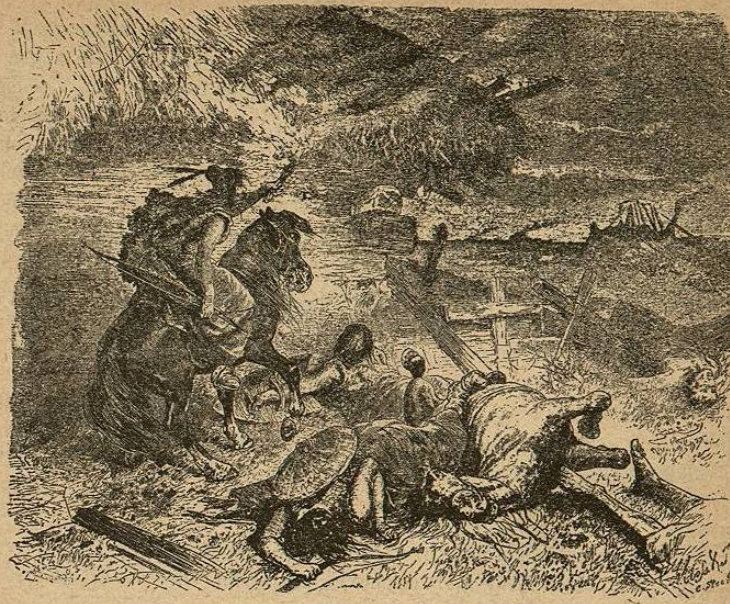


fe en la posibilidad de una órbita propia de progreso y que pensaban amoldarse á las leyes del desarrollo de la civilización romano-cristiana creada por Carlomagno. Lo nacional retirose por ahora tímido y huraño á las profundidades del alma del pueblo, mientras que lo eclesiástico-romano, altanero é intolerante dominaba sobre todas las manifestaciones de la vida.



INVASION DE LOS HÚNGAROS.

III.

Bajo el reinado de los Otones.

El genio sostenido por una voluntad fuerte y una conciencia poco escrupulosa, puede conseguir sacar temporalmente el curso de los pueblos de sus carriles naturales, juntando en un estado á los elementos opuestos, como se ve en la monarquía imperial de Carlomagno. Pero tan pronto la acción de este genio se paraliza por un golpe de la fortuna ó por la muerte, desmorónase aquello que sólo por la fuerza podía sostenerse. Esto lo atestiguan todos los llamados conquistadores del mundo desde Sesostriís hasta Napoleón. El edificio político carlovingio había sido erigido por obra común de las dos grandes potencias de la época, la espada germánica y el cayado romano. A pesar de esto, no persistió por una parte, porque el interés común de estas dos potencias era solamente pasajero y artificial y por otra parte porque, aunque lenta, irrisistiblemente, surgía al lado de ellas una tercera potencia, la idea nacional.

El mito asiático de la separación de los pueblos durante la construcción de la torre de Babel, tuvo una realización europea en el imperio universal carlovingio. Los pueblos juntados por fuerza en ese soberbio edificio ya no se entendían unos á otros; siguiendo un rumbo divergente, aspiraban á separarse,

querían formar naciones particulares, teniendo cada una su propia lengua y costumbres, su propio derecho y estado. El proceso de romanización que había transformado en romanos á los germanos establecidos, á partir de la gran invasión, en las antiguas provincias occidentales de Roma, Italia, Francia, España, había terminado más ó ménos completamente. En dichos países los conquistadores germánicos habían mezclado su sangre, su lengua, su derecho y su costumbre con los indígenas subyugados, y de esta mezcla, en la cual la cultura superior de los subyugados había vencido del todo al romanismo, surgió con su lenguaje, al principio todavía común, el romance. Este lenguaje se dividió luego á medida que los pueblos germanos iban diferenciándose más marcadamente en los varios dialectos franceses, itálicos y españoles, oponiéndose como conjunto cual nueva rama lingüística al lado, ó mejor dicho enfrente de la germánica; pues la oposición de germanismo y romanismo fué desde luego un motivo histórico eficazísimo, tanto más cuanto que los germanos romanizados tenían un odio feroz á su madre Germania, aquel odio que en todo tiempo y en todas partes ha sido y es propio de los apóstatas contra su primera nacionalidad, porque la mala conciencia aguza el aguijón. Un ejemplo moderno nos ofrecen los Alsacianos y otros apóstatas del germanismo.

El contraste entre germánico y romano se manifestó por primera vez lingüística y políticamente en la célebre reunión y convenio de Estrasburgo, en febrero de 842, cuando los hijos del desgraciado Ludovico, Luis y Carlos, se aliaron contra su hermano Lotario. Para ser comprendidos por los ejércitos respectivos, los dos hermanos prestaron el juramento de alianza de modo que el franco oriental Luis, apellidado generalmente *el alemán*, juró en el romance de entonces (*pro Deo amur et pro cristian poplo et nostro comun salvant, etc.*), y el franco occidental Carlos, en el antiguo alemán alto de aquellos días, (*then eid geleistot, then er sineno bruodher Ludovige gesnor*), como nos ha transmitido en sus *cuatro libros de historias* un primo de los príncipes jurantes, nieto, como ellos, de Carlomagno, el conde Nitardo, hijo del docto Angilberto y de la hermosa Berta. En este noble cronista, si bien bastardo, hállase inmediatamente después de su relato del convenio de Estrasburgo un pasaje, en el cual menciona una diversión guerrera que puede considerarse como el ejemplo más antiguo y auténtico de los posteriores torneos caballescicos. En efecto, Nitardo refiere que sus dos primos, marchando á Worms, Luis por Spiron (Speyer), Carlos á lo largo de los Vosgos por Visenburgo, establecieron un campamento común con sus séquitos, entre aquella ciudad y Maguncia. Los dos grandes señores, «ambos de mediana estatura, de formas bellas y proporcionadas y diestros para todo ejercicio», verificaron en este campamento á menudo, simulacros de combate para ejercitarse, y que nuestro autor, como testigo ocular, describe de la manera siguiente: «En sitio elegido y aparejado para el objeto, se reunieron de ambos lados número igual de sajones, vascos, austracios y bretones, y mientras el pueblo se agolpaba al rededor, se precipitaban unos sobre otros á la carrera, como en un asalto. Luego los unos revolvían sus caballos y cubriéndose con los escudos huían

ante el ataque de los adversarios, persiguiendo estos á los fugitivos. Finalmente los dos reyes, rodeados de toda la juventud, se abalanzaban uno contra otro blandiendo la lanza, y revolviéndose á un lado y á otro, imitaban las vicisitudes de la batalla. Y era este un espectáculo digno de admiración por la esplendidez y el órden que en él reinaban, pues ni uno solo de tan grande multitud de pueblos diferentes lastimaba ó injuriaba á otro.»

El pacto de Estrasburgo de 842, era sólo el preludio de otro más importante concluido el año siguiente en Verdun, entre los tres carlovingios Lotario, Carlos y Luis, y en virtud del cual los nietos de Carlomagno disolvieron sus estados y repartieron entre sí el imperio solidado por la mano poderosa de su abuelo, de tal manera, que á Lotario le tocó Italia con Borgoña y la corona imperial, á Carlos la Francia occidental, y á Luis la Francia oriental, ó sea Alemania. Esta partición no era más que la confirmación legal de un hecho histórico, el de separarse los germanos de los romanos, dividiéndose estos otra vez. El sueño de la unidad política de la cristiandad occidental había terminado. Un genio superior había tratado de realizar en el sentido de su época y con los medios que esta le ofrecía, la ilusión antigua y muchas veces acariciada de una fraternidad humana, de una hermandad de los pueblos; pero el sér humano no vive y gira en lo general, sino en lo particular, y las individualidades nacionales no se dejan revolver para formar una masa confusa. Los hombres no son hermanos desde un principio, sino enemigos, y lo mismo sucede con las razas y las naciones. Así debe ser, pues solamente el roce hostil constante entre los hombres, las naciones y las razas hace posible el desarrollo de la humanidad, que no es más que una lucha eterna. La idea fantástica de una fraternidad general, cuyo resultado sería la paz eterna y otras imposibilidades por el estilo, se ha demostrado como filfa hasta en su forma más natural y lógica, la religiosa. ¿Acaso los cristianos se han odiado, atormentado y asesinado mutuamente ménos que los gentiles? Al contrario, precisamente bajo la bandera de la *Religión del amor fraternal* los hombres y los pueblos se han dislacerado más horrorosamente.

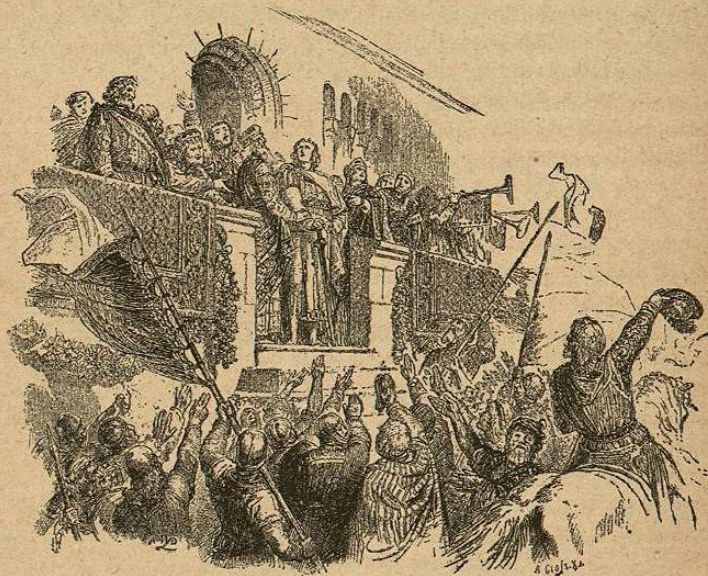
Desde el año 843 data, por lo tanto, la particularidad nacional, la independencia política de Alemania. La forma de estado permaneció por de pronto la monárquica carlovingia, pero la flojedad de los ineptos sucesores de Luis *el alemán*, permitió la debilitación sucesiva de la monarquía. Lo más funesto fué el restablecimiento de la antigua dignidad de duque, suprimida por Carlomagno en beneficio de la unidad del imperio. Es verdad que los nuevos duques, propiamente hablando no eran más que empleados del rey; pero esto se olvidó pronto, concediéndose á los duques, como á los marqueses, la trasmisión por herencia de su título y poder. De esta manera no podía dejar de suceder que de empleados se convirtieran en príncipes hereditarios, sustrayéndose cada vez más á la autoridad real. Los grandes propietarios de la nobleza antigua, lo mismo que de la moderna, imitaban esa conducta, y como no existía puño real vigoroso para reprimir la renaciente república aristocrática, el malhadado espíritu centrifugo alemán, el funesto particularismo, prosperaba lozano. En el año 887, la aristocracia alemana era ya bastante fuerte para destronar

formalmente al emperador y rey Carlos *el gordo*, y coronar en su lugar á su sobrino el duque Arnulfo de Carintia. Realmente el pobre Carlos no había sido capaz de oponerse con éxito á las usurpaciones cada vez más extensas y arrogantes del papado, que después del fallecimiento de Carlomagno supo aprovecharse con suma astucia de la confusión general.

El *Vicario de Cristo* pretendía, ya cada vez más claramente, además de la supremacía espiritual sobre la cristiandad, que le pertenecía naturalmente, según afirmaba también, la supremacía secular, declarando derecho suyo el otorgar la corona imperial. Sabido es que Roma fundó todas estas pretensiones exorbitantes en una evidente falsificación, las *decretales*, denominadas, según cierto Isidoro, colección mentirosa, reunida por clérigos para fines clericales, de supuestas sentencias y decretos de supuestos concilios antiguos. La farsa era muy grosera, y por consiguiente encontró tantos más crédulos; así es que durante toda la Edad Media esas llamadas *decretales* Isidorianas formaron la base y la piedra angular de la doctrina gerárquica de la vicaría divina del obispo romano. Sin embargo, la verdad histórica exige no callar que los prelados fueron los que, en oposición á los duques de los sajones, francos, suabios, bávaros, loreneses, que aspiraban á la independencia completa, trataban de sostener en los países alemanes la monarquía unitaria, que ciertamente convenía más á sus propios intereses. A pesar de esto, parecía que iba á terminar, cuando con la muerte del hijo del rey Arnulfo, Luis *el niño*, la extirpe carolingia se extinguió en Alemania en el año de 911. Los grandes no querían conformarse con la elección de un nuevo rey de la rama carolingia francesa, que siguió vegetando hasta el año 987, en el cual se extinguió con la muerte de Luis *el holgazán*. Pero la idea del imperio, el pensamiento unitario, cual lo había concebido y realizado Carlomagno, no podía borrarse ya de la memoria de las tribus alemanas, sobre todo porque la miseria con que las invasiones y correrías de los normandos y húngaros llenaban los países alemanes del Norte y del Este, mantenía vivo el recuerdo y la seguridad que el imperio había disfrutado en los tiempos de su guerrero fundador. Especialmente la plaga de los húngaros, que cada año renovaban sus correrías, hacían indispensablemente necesaria la unión de todas las fuerzas defensivas de Alemania. En efecto, no faltó un príncipe bastante inteligente y magnánimo para subordinar al bien general los intereses particulares de su casa, y este fué el duque de Sajonia, Otón *el grande*, sobre el cual habría recaído la corona real, si este anciano no hubiese preferido verla en la cabeza de un hombre de vigor juvenil. Por su instigación se verificó en 8 de noviembre de 911, en Forgein del Regnitz, un acto político importantísimo, la primera elección del rey de los alemanes. Pues, en aquel día, bajo la presidencia de Otón, los condes y señores reunidos en Forgein, procedentes de Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena, eligieron rey de Alemania al duque de Franconia, Conrado, hombre enérgico y experto en la guerra, elección que fué saludada con júbilo por el pueblo reunido delante del palacio. De este modo, desde aquel día de noviembre, Alemania ha sido un reino electivo durante novecientos años. La junta de Forgein, previno la disgregación de la

unidad nacional, pero al mismo tiempo creó ó renovó una forma de estado que debía de ser una continua amenaza y peligro para la unidad de la nación y un obstáculo constante para el desarrollo de un estado nacional.

Después de muchos combates sostenidos vigorosamente para mantener la unidad del imperio y la autoridad del rey, Conrado, en el momento de morir, recomendó la elección de su adversario Enrique, duque de los sajones, imitando y devolviendo así la generosidad que antes le había demostrado á él,



CONRADO, DUQUE DE FRANCONIA, ES ELEJIDO REY DE ALEMANIA.

Otón, el padre de Enrique. A consecuencia de esto, Enrique de Sajonia, llamado *el pajarero*, fué elegido rey de los alemanes en abril ó mayo de 919 en Fritzlár del Eder, y empezó desde luego á gobernar con prudencia, energía y buen éxito, sobresaliendo dos actos de su reinado, á saber: al exterior, la represión de la plaga húngara, y al interior el fomento y desarrollo de las ciudades. En conjunto, fué uno de los hombres más activos que jamás han llevado corona; hasta parecía que con su autoridad y energía consiguiera transformar el reino electivo en hereditario, pues poco tiempo antes de su muerte la aristocracia alemana cumplió su deseo de proclamar rey á su hijo Otón en una asamblea celebrada en Erfurt. En agosto de 936, en el antiguo palacio de Aquisgram, verificose la elección formal de Otón por los duques alemanes y los demás grandes varones, ungiéndole y coronándole después el arzobispo de Maguncia, presentándose en esta ceremonia, por primera vez, funcionando los

llamados archicargos del imperio alemán. Funcionaba, pues, el duque Gisilberto de Lorena como archicamarero, el duque Arnulfo de Baviera como archimariscal, el duque Everardo de Franconia como archidapífero y el duque Arminio de Suabia como archicopero. Las aspiraciones de Otón tendían á lo grande, pero más aun á lo espléndido; por esto en lugar de seguir el ejemplo de su padre, que era verdaderamente un grande hombre, aspiraba á la renovación del imperio romano occidental de Carlomagno, haciéndose poner en Roma y en el año de 962, por su protegido el papa Juan XII, la brillante ilusión de la corona imperial; y con este traslado del imperio á los alemanes, empezó realmente la farsa imperial de la Edad media, que produjo desgracias sin fin, tanto para el pueblo alemán como para el italiano, fomentando la segunda gran farsa de la Edad Media, la farsa papal. Cada uno de los llamados *viajes á Roma*, que en forma de expediciones militares emprendían los reyes de los alemanes para buscar en la ciudad eterna la corona imperial, disminuía en el fondo su propio poder, aumentando en cambio el de los papas. No como emperador romano, sino como rey alemán, llevó á cabo Otón I lo que acaso puede justificarse que se le apellide *el grande*, esto es, la espléndida victoria que, bajo su mando, los ejércitos alemanes obtuvieron sobre los húngaros el día 10 de agosto de 955, en la llanura de Leg, cerca de Ausburgo; terminando con esta victoria para siempre la calamidad húngara. Por lo demás, el principio hereditario parecía firmemente consolidado en la monarquía alemana, pues la corona imperial y real pasó de Otón I á Otón II y de éste á Otón III; pero con éste, que murió en Roma en el año 1002, sin haber cumplido los 22 años, se apagó el brillo del imperio otoniano, que había experimentado ya algunos empañamientos ominosos.

Con el emperador Enrique II, biznieto del rey Enrique, quien en oposición á los tres Otones buscaba el centro de gravedad del poder imperial en Alemania, que no en Italia, equivocándose, empero, por tomar al clero por ese centro de gravedad, la dinastía sajona se extinguió en 1024, habiendo tenido indudablemente sus grandes méritos al lado de sus errores y fracasos. Había en ella una tendencia civilizadora, y el rey Enrique I, así como el emperador Otón I, dieron realmente impulso al imperio alemán por el vigor y la perseverancia con que avanzaban sus fronteras orientales cada vez más, conquistando y colonizando el mundo eslavo.

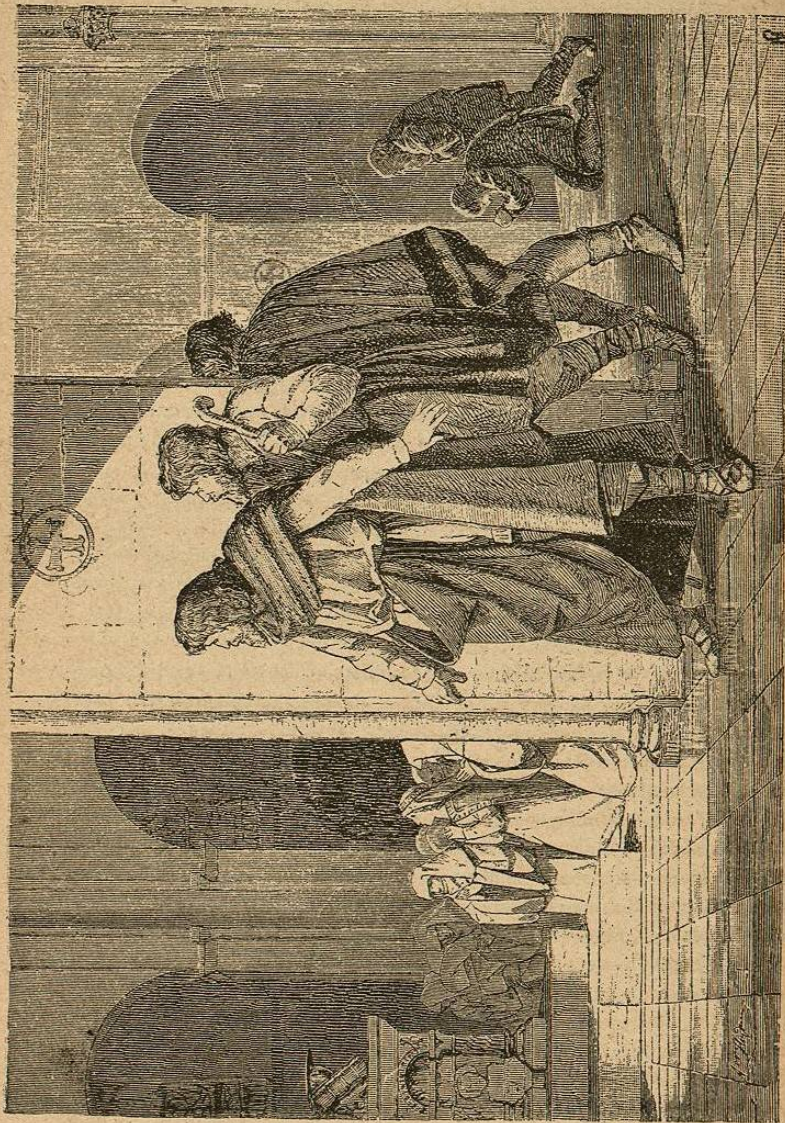
El siglo x introdujo ó continuó, bajo el reinado de la dinastía sajona, cambios sociales profundos en Alemania, siendo, ante todo, un fenómeno importantísimo en la historia de la civilización, que en la misma medida en que la agricultura alemana iba prosperando, la posición política de los labradores alemanes iba decayendo; la prosperidad de aquella era á consecuencia del advenimiento de los municipios, el desmedro de estos dependía de la transformación militar producida por las invasiones de los húngaros. El rey Enrique tiene derecho á ser venerado como santo por las ciudades alemanas, no por que las haya fundado, pues antes que él ya las había en gran número, y no pocas que se remontaban á la época romana, sino por haber abierto á las poblaciones de las ciudades el camino para convertirse en municipalidades, co-

mo diremos más tarde en detalle, contentándonos por ahora con lo más preciso. El gran rey, presintiendo más claramente que muchos de sus sucesores, la importancia de una clase media, procuraba por un lado la posibilidad de mantenerse las ciudades, á cuyo fin dispuso que todos los grandes actos políticos y solemnidades se celebrasen intramuros de estas, á las que concedió el derecho de celebrar mercados y de acuñar moneda, y por otro lado alzaba el nivel moral y político de los vecinos, cuya mayoría procedía de la clase de los no libres, otorgándoles cierto grado de derechos. A consecuencia de las concesiones de Enrique, la industria y el comercio de las ciudades prosperaban á ojos vistas, y con el aumento del bienestar crecía también el sentimiento de la seguridad; pues los burgueses (así llamábanse los ciudadanos, de la palabra *burgo*, con la cual Ulfila había traducido la palabra griega *polis* en oposición á los aldeanos, los paganos ó rústicos), procuraban desde luego mantener y aumentar sus facultades defensivas. La propiedad rural urbana, de cuyo cultivo la mayoría de los burgueses continuaba manteniéndose, era por lo tanto más protegida, y por consiguiente mejor cultivada que la aldeana; pero la producción de los campos de los burgueses era un modelo y estímulo para los labradores rurales, instigados también por la circunstancia de encontrar en las ciudades mercados lucrativos para los productos de una agricultura más activa. A su vez, la industria ciudadana debía aumentar su extensión y multiplicidad á medida que iba creciendo el número de personas que querían y podían satisfacer sus nuevas necesidades. La habilidad artesana en los trabajos de madera, piedra, cuero, materias colorantes y metales, aumentó por la emulación provocada y fomentada por la proximidad mútua de los artesanos. El descubrimiento, ó mejor dicho, la explotación mejor de las minas del Harz y del Fichtl, produjo un adelanto visible en la industria metalúrgica. La industria de las ciudades requería una salida cada vez mayor de sus productos, como también un acarreo más cuantioso de materia bruta. Estas dos circunstancias estimulaban el comercio burgués á empresas más y más extensas aumentando el tráfico en las vías tradicionales y estableciendo otras nuevas. Todo esto debía ejercer una reacción benéfica en la población rural, subiendo el valor de las tierras y el precio de los productos del ganado.

Pero al mismo tiempo que aumentaba la prosperidad material de la población rústica alemana, recibió un perjuicio inmenso, moral y político, por la circunstancia que, por regla general, debía cesar de poder defenderse con las armas. Sólo en aquellas comarcas en que el labrador conservaba el derecho y los medios de llevarlas, se conservó el espíritu y el ánimo de la gente libre de los antiguos germanos; mas esas comarcas eran en número escasísimo. Por regla general, los aldeanos no podían satisfacer las exigencias de la conscripción real, sobre todo á partir de la época en que las correrías de los ginetes de la pusta húngara, crearon la necesidad de oponerse á esas invasiones otros cuerpos de ginetes. De este servicio montado en la época otoniana, se desarrolló el caballerismo alemán, porque un caballero originalmente no era más que un ginete que se juntaba con el ejército del rey, montado en su propio caballo y armado á sus propias expensas con armas defensivas, collera, coraza

y escudo, y ofensivas, lanza y espada. Prestar semejante servicio de ginete no era posible á los labradores, y por esto iban abandonando á los nobles el servicio de las armas, y una vez indefensos, se quedaron pronto sin honra, es decir, se entregaron con sus haciendas á los señores seglares ó eclesiásticos, para que estos cumplieran por ellos la obligación del servicio de las armas, bajando en gran número á la categoría de siervos, y en muchas partes aun á la clase de esclavos. No existían sinó dos asilos en donde el adeano ó sus hijos podían salvarse, huyendo de la miseria de semejante vida, el convento y la ciudad, (la palabra alemana *Stadt*, se encuentra por primera vez á fines del siglo x, en la crónica de un fraile de S. Gall, Notker *el tartamudo*.) Las órdenes hacían aún al individuo nacido siervo, miembro de una sociedad en cuyo seno se abría una carrera brillante al talento y á la energía, mientras que dentro de los baluartes de la ciudad, el siervo refugiado allí podía esperar que con su trabajo llegaría á ser burgués ó, por lo ménos, aseguraba á sus hijos la entrada en aquella clase. La presión que oprimía á los aldeanos, resultaba, por lo tanto, en beneficio de las iglesias y de las ciudades; aquella lo mismo que estas, sacaron abundancia de fuerzas nuevas de entre el pueblo oprimido.

El modo de vivir de los alemanes de esta época, era sin duda muy diferente según las clases y las fortunas, pero en general no dejaba de ser todavía muy sencillo y hasta grosero. La costumbre tradicional que aun olía muy perceptiblemente á selva primitiva, luchaba en las clases distinguidas con los modales cortesanos de los Otones, que favorecían la cultura romana. La relajación en las relaciones sexuales, continuaba como en la época carlovingia, y el matrimonio era muy poco respetado por los poderosos, sobre todo porque no se consideraba que fuese necesario para el casamiento legítimo la consagración eclesiástica. Las bodas se hacían todavía al estilo de los abuelos germánicos, y hasta en el casamiento de los príncipes no consta nada de una cooperación del clero. Enrique *el pajarero* robó del convento á su primera esposa la linda monja Hadburga, y sólo un año después, cuando estaba harto de ella, se le ocurrió que no era lícito casarse con una monja, y la mandó otra vez á clausura. Un cuadro más grato ofrécenos el encuentro del gran rey con su segunda esposa, la bella Matilde, hija del conde Teodorico de Ringelgein, que se educaba con su abuela en el convento de Herford. Solo con pocos compañeros y como si fuesen gente baja, (así cuenta el biógrafo contemporáneo de la reina), Enrique entró en la iglesia del convento, donde la jóven hermosa y recatada rezaba al lado de su abuela y rodeada de las monjas. Después de mirarla largo rato, fué á la ciudad, vistióse de gala, volvió con gran séquito, buscó la abuela abadesa y le instó que le presentase á la jóven, por amor de la cual había venido. Matilde salió con encendido rubor en las niveas mejillas, cual si rosas encarnadas se hubiesen juntado con lirios purpúreos. Viéndola Enrique, sus ojos se clavaron en la jóven, y se encendió de amor talmente, que quería casarse sin demora. Con consentimiento de la abuela, pero sin saberlo los padres, la novia fué conducida al día siguiente con todos los honores al país del novio, celebrándose en seguida la boda en



ENRIQUE Y MATILDE.

Balhausen, donde cultivaron legítimo amor, y Enrique regaló á su jóven esposa, dicha ciudad con todas sus pertenencias como dote. Matilde fué madre de Otón *el grande*, fundadora de la célebre abadía de Quedlinburgo, y una de las mujeres más inteligentes y recatadas de su tiempo; en el ánimo de su esposo ejercía grande ascendiente, y empieza con ella la serie de reinas y emperatrices alemanas, que con manos más ó ménos lindas y benéficas, intentaron intervenir en los negocios de estado, muchas veces con tino y acierto, como demuestra la segunda esposa de Otón I, Adelaida, hija del conde Rodolfo de Borgoña, después de la muerte de su esposo. Su contemporáneo y biógrafo, el abad Odilón de Gluny, lleno de veneración tan profunda como justa, elogia en aquella ilustre princesa, una majestuosa afabilidad en el trato, incansable compasión y misericordia, modestia en la bienandanza, paciencia en la desgracia, sencillez y sobriedad, resumiendo sus alabanzas, diciendo que durante toda su vida la ausgusta señora no se apartó de la moderación, fuente de toda virtud. Aquí, pues, encontramos elogiada como virtud suprema de las virtudes femeninas, *«die mæze»*, (la medida, la moderación), ensalzada también más tarde por dos de los más grandes poetas alemanes de la Edad Media, Gualterio de la Bogeloveide y Godofredo de Estrasburgo, lo cual prueba que los alemanes de entonces conocían y apreciaban la verdadera esencia de los nobles sentimientos de la mujer.

La esposa de Otón II, la bizantina Teofano, supo conformarse perfectamente con las costumbres alemanas, aunque no siempre pudo ocultar su desdén por aquella barbarie; y si con mucho celo y delicado entendimiento fomentó el estudio de las lenguas y de los autores clásicos entre los bárbaros del Norte, también alentó las refinadas artes del atavío y el lujo en el vestir entre las *bárbaras* alemanas, que admitían esta clase de cultura con sobrado afán. El bueno del obispo Ditmar de Meseburgo, menciona en medio de suspiros en su crónica, éstos y otros abusos de sus contemporáneos; hombre piadoso, pintó tal vez con colores demasiado sombríos su cuadro; pero seguramente no le faltaron motivos para mencionar la *multitud de jóvenes caídas*, ni para hablar de las *muchas mujeres adúlteras*, entre las cuales había *no pocas que instigaban á sus mancebos á que asesinaran á sus maridos*. Como pecadora, cuyas fechorías fueron grandes en monstruosidad y en número, era famosa en aquella época la condesa Adela de Hamalán. Esta mujer, oriunda de una casa condal, hacendada en Sajonia y Lorena, estaba verdaderamente poseída del demonio de la avaricia, lujuria y asesinato; triple asesina (de su hermana Lindgarda, su propio hijo Teodorico y su primo Vigman), expió sus crímenes, solamente con la pérdida de sus bienes, vagando en su vejez por el país como mendiga. Característico de las costumbres de aquella época, es también el hecho que la primera esposa de Otón *el grande*, la anglo-sajona Edita y la esposa de Enrique II, Cunigunda, fueron acusadas, si bien falsamente, de infidelidad conyugal, y debieron someterse á unas ordalias para justificarse de la vil sospecha.

Por otra parte, hay que confesar que muchas mujeres alemanas del siglo x se interesaban grandemente por las más elevadas aspiraciones intelectuales.

Los palacios imperiales y episcopales, así como los monasterios y conventos, eran asiento de esas aspiraciones especialmente el cultivo é imitación de la literatura latina. Los eruditos extranjeros, como los indígenas, estaban seguros de encontrar buena acogida en la corte de los Otones, conforme experimentaron, entre otros, los dos célebres obispos Rater de Verona y Lindprando de Cremona. Pero no sólo acudían las personas cuyo saber se limitaba al terreno filológico-arqueológico, como prueba el maestro de Otón III, Gerberto, procedente de la Auvernia, hecho más tarde papa por su discípulo; este hombre estaba tan adelantado en conocimientos matemáticos y técnicos, que por haber compuesto un telescopio, una especie de ábaco, un órgano de agua y varias otras máquinas hidráulicas, sus contemporáneos le tenían por brujo. Estos trabajos de Gerberto fueron estímulo fructífero para los talentos artísticos indígenas, como los obispos Bernardo de Hildesheim y Meinberk de Paderborn.

El celo piadoso de eclesiásticos y legos, de preparar sitios dignos del culto divino, ayudó poderosamente á la naciente actividad artística de los alemanes. Naturalmente, esta actividad, al principio y durante mucho tiempo, no podía ser más que imitativa, midiendo todos los modelos de allende los Alpes ó también de Bizancio. El estilo arquitectónico, llamado cristiano antiguo, conforme á cuyas reglas, Carlomagno había hecho construir por el abad Ansigio la catedral de Aquisgram, la primera iglesia grandiosa en tierra alemana, se había ampliado, acogiendo elementos bizantinos y árabes, constituyendo la llamada arquitectura romana, la cual en la época de su florecimiento, por lo tanto, antes del predominio del estilo germánico, creó en el suelo alemán las catedrales de Quedlinburgo, Constanza, Chafausen, Zurich, Hildeheim, Speyer, Vorms y Maguncia. Ya en los siglos x y xi fué dable á la escultura y pintura alemanas adornar convenientemente el interior de esas creaciones grandiosas de la arquitectura.

La escultura ensayose primeramente en fundir, tallar y pulir metales, luego se adiestró en grabar sellos, en fraguar y cincelar escaparates de reliquias, cálices y custodias, en las que el oro y la plata frecuentemente parecían servir de engaste de piedras preciosas; aprendió á convertir las láminas de oro y plata en relieves abollados, que se preferían para adorno del altar mayor. La fundición de bronce hizo tales progresos, que ya en el año 1015, las puertas de bronce de la catedral de Hildeheim pudieron adornarse con representaciones históricas de la Biblia. También avanzaron el arte de esculpir en madera y marfil. En cambio, la escultura en piedra permaneció atrasada, llegando sólo á cierto desarrollo en el siglo xii, y aun esto, solamente en la parte ornamental, como humilde servidora de la arquitectura.

La pintura empezó á desarrollarse en Alemania, en forma de ornamentación de manuscritos, de paredes y de retablos, al principio torpemente, y, por supuesto, en el servicio de la Iglesia, que hacía mucho caso de los rituales pintados con esplendidez y refinamiento. Los restos de las pinturas de pared, de retablos y de mosaico, de la época otoniana, han de juzgarse naturalmente con la mayor indulgencia. Lo mejor aun era la pintura en miniatura de los